

dijo, he sido un verdadero demonio en estos últimos diez y siete años; y confíais en mí como en un hombre. — Vamos, regresemos, » dijo el capitán. Al preso se le volvió á dar su anterior libertad en la cárcel. Desde este momento principió á abrir su corazón al capitán, y cumplió alegremente todo el tiempo de su condena, confiando á su amigo conforme nacían todos los impulsos para faltar á su confianza, y todos los medios para hacerlo así, que él se imaginaba ver.

El capitán Pillsbury es la persona que al ser informado de que uno de los presos más perversos había jurado asesinarle, mandó llamarle en el acto para que le afeitase, no permitiendo que estuviese presente otra persona. Miró al individuo, señaló con el dedo la navaja y le pidió que le afeitara. La mano del preso temblaba, pero concluyó bien su tarea. Cuando hubo terminado le dijo el capitán: «Se me había dicho que os proponíais matarme, pero yo he creído deber confiar en vos. — ¡Que Dios os bendiga, señor!» contestó el regenerado individuo. Tal es el poder de la confianza en el hombre ¹.

El mayor Goodell, gobernador de la prisión del Estado en Auburn, Nueva York, y el señor Isaac T. Hópper, otro inspector de cárceles, fueron igualmente favorecidos por el éxito en su trato para con los criminales y en su reforma. De cincuenta individuos á quienes este último hombre amirable consiguió llevar al buen camino, solamente dos volvieron á sus viejas costumbres, hecho que dice más que volúmenes enteros en favor del poder de la bondad ².

1. *Western Travel*, por la señorita Martineau.

2. Á pesar del trato humano para con los presos en algunas de las prisiones del Estado de la Unión, se queja Guillermo Tulloch en una carta dirigida al *Times* del 3 de febrero de 1880, del trato que se da á los criminales menores de edad en algunos de los Estados. « Por ejemplo, dice, en un reciente número de un periódico de Filadelfia hay una relación de una visita al establecimiento de penados del Estado de Georgia, donde, en medio de las reparables condiciones de corrupción mutua, se hace trabajar juntos á docenas de penados en una mina de carbón. Están miserablemente alojados, cuidados por perros sabuesos, y llevan grilles. Entre ellos vió el visitante á un muchacho de quince años de edad, quien ya había sufrido cinco años de esta esclavitud desde que tenía diez, en cuya tierna edad lo había sentenciado un juez á cuarenta años de pre-

Una de las mayores dificultades con que tropieza un criminal, es poder encontrar ocupación después de haber cumplido su tiempo de condena. Está dispuesto á trabajar y resuelto á ser honrado. Pero la policía le conoce y da informes contra él. Inmediatamente es despedido y se ve obligado á volver á sus antiguos hábitos. De ahí que se haga casi imposible á uno que haya estado en la cárcel el poder volver á una vida honrada. Tomás Wright, el filántropo de Manchester, se distinguió como el verdadero amigo de los presos desamparados. Era un hombre sin posición social. No poseía fortuna, excepto la de un corazón rico y amante.

Aunque su educación era imperfecta, había recibido de su madre fuertes impresiones religiosas en sus primeros años. Por fin llegó la época en que le fué necesario separarse de ella, para tener que encarar el mundo, con sus trabajos, sus placeres, y sus vicios. Muy luego se mezcló con los peores hombres y muchachos de Manchester. Esto duró algún tiempo; pero al fin se sublevaron su espíritu y su conciencia contra la blasfemia de sus compañeros. Vinieron en su auxilio las lecciones que habían infiltrado las palabras de su madre. Trabajó relaciones con un joven religioso y principió á asistir con regularidad á un templo.

De edad de quince años entró de aprendiz en una fundición de hierro, de Manchester. Su sueldo fué al principio de cinco chelines por semana. Siendo formal, sobrio y activo, ascendió gradualmente, hasta que á los veinte y tres años era capataz de los moldeadores, con un salario semanal de tres libras es-

«ido por el delito de forzar y entrar en una casa por la noche cometiendo un robo en ella! Por el periódico en que apareció esto y por el conocido carácter del escritor, hay razón para temer que sea harto cierto, porque hay en las cárceles de América innumerables abusos casi tan malos, que están perfectamente probados por los informes oficiales. Á un juez que ha podido dictar una sentencia semejante contra un niño de tan corta edad, desearia uno verle en la cárcel, más que en las cómodas condiciones en que una vez vi á un juez americano en la cárcel del Estado de Pensilvania. Estaba sentenciado á dos años por cohecho; pero sus habitaciozes estaban provistas con todas las comodidades, y más bien sorprendia que un delito considerado localmente como *Woo* fuese, aun en esta ocasión, apreciado de ese modo por la ley.»

terlinas y diez peniques. Ésta fué su mayor entrada, pero e bien que hizo después fué completamente independiente del dinero de sus sueldos.

Fijó la atención muy pronto en las clases criminales, lo que más desespera y desconsuela de todos los asuntos. El condenado que ha salido de la cárcel, rara vez puede obtener empleo en su antiguo puesto. Los patrones nuevos no le quieren emplear sin un certificado de sus buenos antecedentes, que no puede conseguir. La prisión le ha hecho quizá peor. Le ha puesto en contacto con personas quizá más viciosas que él. De ese modo es impelido otra vez á reunirse con sus antiguos asociados, y principia de nuevo su carrera criminal.

Un día se presentó un hombre en la fundición y obtuvo colocación como obrero. Era un operario formal, cuidadoso y trabajador. Pero se susurró que había estado condenado y preso. Se le preguntó á Tomás Wright si conocía el hecho. No lo sabía, pero prometió averiguarlo. En el transcurso del día le preguntó Wright incidentalmente al hombre « dónde había trabajado últimamente? — He estado fuera del país, » contestó. Al fin, después de algunas preguntas apremiantes, confesó el infeliz con lágrimas que le corrían por las mejillas, que era un penado que había cumplido su condena; que deseaba no volver á sus antiguas costumbres y que esperaba que con perseverancia borraría sus malos antecedentes.

El señor Wright creyó al hombre. Estaba convencido de que eran sinceras sus intenciones. Puso la historia en conocimiento de sus patrones y ofreció poner en sus manos veinte libras esterlinas como una garantía de su buena conducta futura. Se le prometió que conservarían el condenado; pero á la mañana siguiente se echó de menos al individuo, porque por un olvido no se había dado contraorden para no despedirle. En el acto se envió un mensajero á la casa del individuo para que volviese al trabajo. Pero el hombre ya había abandonado su alojamiento, llevando consigo un paquete que contenía todo lo que le pertenecía en este mundo.

Habiéndose informado que el individuo había tomado el

camino de Bury, le siguió inmediatamente á pie Mr. Wright. Encontró al fugitivo sentado en el camino, á algunas millas de Manchester, con el corazón destrozado, miserable y lleno de desesperación. Wright le levantó, le dió la mano, le dijo que seguiría en su colocación y que ahora todo dependía de él, si había de sostener su carácter como obrero respetable. Regresaron juntos á Manchester, entraron juntos en el taller y la conducta ulterior del hombre justificó amplia y noblemente la garantía que había dado el capataz.

Esta circunstancia afectó grandemente al mismo Mr. Wright. Vió cuánto se podía hacer por medio de la simpatía y del afecto humano, para salvar á estos pobres criminales de las profundidades de la miseria en que habían caído. Sentía que no debían abandonar la esperanza de mejora y que era necesario que todo hombre cristiano les diera una ayuda para que pudiesen entrar en una vida de trabajo. Este asunto fué la gran idea de su alma. Era su misión y se esforzó en cumplirla. Hasta aquel instante no tenía quien le ayudara. Pero tenía una fe grande y perseveró hasta que realizó lo que deseaba.

El señor Wright vivía cerca de la cárcel de Salford y quiso llegar hasta los presos. Durante algún tiempo no pudo conseguir que accediesen á su pedido. Por fin, uno de los jóvenes de la fundición, cuyo padre era uno de los guardianes de la cárcel, consiguió para él una presentación al gobernador. Se le permitió entonces que asistiera al servicio divino de los domingos por la tarde. Pero aun no se le concedía que viese individualmente á los presos. Con todo, tuvo la paciencia de esperar.

Por fin, un domingo por la tarde le paró el capellán, cuando el señor Wright salía de la capilla de la cárcel, y le preguntó si podría conseguir una colocación para un preso, cuyo término de sentencia iba á concluir pronto y que deseaba tener la oportunidad de probar la reforma de su carácter. « Sí, dijo Wright; haré lo que pueda, y me esforzaré en encontrarle una colocación. » Alcanzó lo que deseaba, y se encontró trabajo para el penado cumplido.

El gobernador le concedió por entonces permiso para andar más libremente por la cárcel. Le permitió que visitase á los prisioneros personalmente. Whright les amonestaba y aconsejaba. Les estimulaba en sus resoluciones de enmendarse. Llevábales sus mensajes á sus familias y se hizo su amigo y bienhechor de muchos modos. Tomó la costumbre de salir al encuentro á los presos cuando eran puestos en libertad. Los llevaba á su casa, y les ayudaba á subsistir, con sus escasos recursos, y después se afanaba por encontrarles ocupación.

En la mayor parte de los casos tuvo un buen resultado. Los que daban trabajo llegaron á creer en Tomás Wright. Sabían que era un hombre bueno y benévolo, y que no les aconsejaría mal. Atrajo á los patrones á su confianza, y generalmente empleaban á los delincuentes que habían cumplido sus condenas. Donde ellos tenían dudas, garantizaba él su fidelidad con depósito de su propio dinero, reunido de sus sueldos como capataz, á razón de setenta chelines por semana.

Siguió de este modo tranquilamente y sin ostentación, prefiriendo que no se hiciese caso de su nombre, no fuese que esto pudiera intervenir contra el bien que estaba haciendo; hasta que hubo conseguido encontrar en pocos años colocación para cerca de trescientos delincuentes que habían cumplido sus condenas! Hasta consiguió realizar la peor de todas las tareas, la de corregir á mujeres del vicio de la bebida. Á veces se iba al campo á algunas millas de distancia, para implorar á algún marido, hasta de rodillas, para que volviera á tomar á su lado á la mujer que ya no era una borracha, sino una arrepentida, que ansiaba volver al hogar.

Un caso notable refiere uno de sus amigos¹. Un individuo que había estado preso en Portland, fué puesto en libertad una vez cumplida su condena, y se dirigió á Manchester con su certificado y una carta del capellán para Tomás Wright. Se le encontró empleo como barrendero. El señor Wright le hizo ascender á componedor de calles; y también fué en eso apro-

1. El autor de las *Vidas que hablan*.

ba á su conducta. Obtuvo para él que el difunto canónigo Stowel le admitiera en las escuelas dominicales y nocturnas, llegando á ser maestro en ambas. Manifestó tal capacidad para enseñar, que el canónigo Stowel tomó gran interés por él. El canónigo fué enterado de sus antecedentes. Sin embargo, hizo arreglos para dar « conferencias » con él, y en el tiempo correspondiente fué ordenado sacerdote el antiguo preso de Portland.

En otro caso, un joven que ocupaba un puesto de confianza en un almacén, había caído en mala compañía y sustraído dinero á su patrón. El robo fué descubierto, y el asunto iba á ser llevado antes los tribunales. El padre del joven buscó la intervención de Tomás Wright. Éste fué inmediatamente á ver al patrón, y consiguió no solamente una promesa de que no se perseguiría al joven, sino que le daría otra prueba. « Dadle otra oportunidad, era á menudo el consejo insistente de Tomás Wright. El joven fué tomado otra vez. Su conducta fué muy satisfactoria. Se entregó con más ahinco que antes al comercio. Después fué admitido como socio, y llegó á ser el jefe de la firma. Jamás ha dejado de bendecir el nombre de Tomás Wright.

Después que hubo trabajado así años enteros, obtuvieron al fin sus tareas un reconocimiento oficial. El capitán Williams le mencionó en sus informes anuales del estado de las cárceles. Dice así: « Para mostrar la magnitud á que ha llevado su benevolencia este hombre humilde y sin ayuda de nadie, y el éxito con que ha sido coronado, no hay necesidad sino de manifestar que de noventa y seis criminales favorecidos por él, y reestablecidos en la vida, solamente cuatro han vuelto á la cárcel. Es encantador presenciar la implícita confianza y seguridad que depositan en él los culpables y desventurados, y que parece deberse completamente á su manera sencilla, sin pretensiones, y verdaderamente paternal de hacer el bien. »

Hubo muchos casos en que el señor Wright no pudo obtener colocación para los presos puestos en libertad. En estos casos ó les prestaba dinero suyo, ó levantaba una subscripción

particular entre sus amigos, para que pudieran emigrar. De este modo ayudó á 941 presos y condenados puestos en libertad para que salieran del país y comenzaran á vivir en nuevas condiciones y separados de sus antiguos compañeros. En muchos casos los mismos delincuentes le ayudaban en sus tareas filantrópicas. Conseguían ocupación para sus amigos, ó ayudaban á levantar subscripciones para ayudar á emigrar á otros. De esta suerte la caridad engendraba caridad.

Uno de estos emigrantes abandonados, que había sido enviado á la América del Norte, escribió al señor Wright, en 1864, dirigiéndose á él como á « Mi querido padre adoptivo ». Incluía dos libras esterlinas como contribución á la sociedad Reformadora de Hombres, de Londres. El emigrante, que ahora es un hombre rico, decía : « Á vuestra ayuda paternal, que nunca podrá ser olvidada, debo mi presente bienestar. Sobre la tierra fuisteis en verdad mi mejor amigo, el más bondadoso, y el único que me aconsejara. Me salvasteis de una vida de vicio con vuestra ayuda única. Cuando todos me habían vuelto la espalda como á un perverso y vagabundo, vos, como el padre del hijo pródigo, me disteis la bienvenida á los senderos de la virtud y de honradez de la vida, consolando mi joven corazón con la esperanza de futuros días más venturosos, mezclando vuestro consejo paternal con una esperanza más pura, aun más allá del sepulcro. ¡Que Dios os bendiga, querido padre! ¡Que Dios os bendiga por todas vuestras bondades! Lágrimas de gratos recuerdos caen sobre mis mejillas, cuando pienso en todos vuestros nobles esfuerzos en favor de vuestros desgraciados semejantes. »

Al mismo tiempo se ocupaba el señor Wright diariamente en la fundición, trabajando desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde, y algunas veces hasta más tarde. Todas sus horas libres de la noche, y la mayor parte de los domingos los consagraba al servicio que por sí mismo se había impuesto : ya fuera en la cárcel, en la penitenciaría, en las escuelas dominicales de los pobres, ó en casa de los desdichados y de los criminales. Tenía entonces sesenta y tres años, y su

salud principiaba á decaer. Nada había ahorrado. Todo lo que pudo haber guardado lo había consagrado al alivio y á la emigración de delincuentes, cuya condena se había cumplido. Frecuentemente limitaba sus alimentos á la última expresión, considerando siempre que mientras tuviera medios, no podría justificarse por retener los de aquellos que estaban en la desgracia.

El gobierno de entonces, reconociendo el valor de sus servicios, ofreció al señor Wright, el empleo de inspector viajero de cárceles, con el sueldo anual de ochocientas libras esterlinas. Se creería que era un medio con el cual pudiera ahorrar un poco de dinero, y al mismo tiempo extender la esfera de sus operaciones. Pero él rehusó sin titubear la oferta. Dijo que eso reduciría su facultad de hacer el bien, pues estaba convencido que si llegaba á ser empleado del gobierno, pronto cesaría de ser visto como amigo de los presos.

Con este motivo se procuró por parte del pueblo de Manchester reunir una suma de dinero suficiente para comprar una anualidad igual á la cantidad de su salario semanal, una mera porcioncilla de la suma que sus esfuerzos habían ahorrado al Estado. Una suma de cien libras esterlinas fué concedida por el *Royal Bounty Fund* en esa subscripción. El pueblo de Manchester hizo lo demás. Reunieron una cantidad que procuraba al señor Wright una anualidad de ciento ochenta y dos libras esterlinas : exactamente la misma suma que ganaba con su trabajo diario.

Unido á este testimonio, fué regalado á la municipalidad de Manchester un admirable cuadro de « El buen Samaritano » por el señor G. F. Watt, de la Real Academia, « como una expresión de la admiración y del respeto del artista, por el noble filántropo Tomás Wright ». El retrato fué colocado en un lugar prominente en el cabildo de Manchester. Es un testimonio á la vez de la bondad y de la generosidad del artista, tanto como de la nobleza del carácter de aquel á quien representa su cuadro.

El señor Wright prosiguió en sus obras de misericordia. Iba

de pueblo en pueblo, lo mismo que Howard, visitando las cárceles de la comarca. Inspeccionó el refugio nocturno de Field Lane, las escuelas industriales de Redhill, los establecimientos de pontones y de penados en Milbanck, Pentonville, Portland, Portsmouth, y Parkurst. Trabajó con empeño en el establecimiento de escuelas de pobres. Quería educar á los pobres muchachos para que se ganaran honradamente la vida, y de ese modo evitar que se hiciesen criminales. Consideraba á la ignorancia y al mal ejemplo como fructíferos padres de todo mal; é hizo cuanto pudo para exterminarlos por medio de la instrucción civil y religiosa. Insistió con Cobden, quien estaba entonces ocupado en sostener un sistema de educación nacional, para que fuese obligatoria, como el medio principal de disminuir el crimen y el pauperismo. Además de sus escuelas de pobres, estableció escuelas reformistas, bancos de peniques, y la brigada de limpia botas. Doquiera que hubiese que hacer una buena obra, no faltaba nunca su brazo y su ayuda. Gustaba tener ocupados todos sus momentos. Su mote era: « Trabaja, trabaja mientras es de día, porque la noche se aproxima. »

Así continuó hasta el fin. Cuando hubo llegado á los ochenta y cinco años de edad, decayó rápidamente su salud. Sin embargo, siempre estaba pronto para recibir á aquellos que querían verle, particularmente á los pobres delincuentes que habían cumplido su condena, ó penados restituidos. Su vida se apagaba gradualmente. [El salmo vigésimotercero estaba de continuo en sus labios, y al final de cada día de enfermedad se sentía « una jornada más próximo á su *home* ». Había luchado el buen combate y estaba para terminar su carrera. Pasó á su eterno descanso tranquilamente y sereno, el 14 de abril de 1875. Ésta ha sido ciertamente una *vida digna de ser vivida*.

Wright reformaba á los criminales teniéndoles confianza. Fiar en otro es producir la confianza. Confiando en los hombres hacéis brotar lo bueno que hay en ellos. Su corazón responde al llamamiento. Exceptuando los peores casos, donde

los jóvenes han sido creados descuidada y deshonestamente, siempre es correspondida la confianza. Pensad siempre lo mejor de un hombre. « Pensar lo peor, dijo lord Bolingbroke, es signo cierto de un ánimo vil y un alma baja. » Podéis ser engañado, es verdad. Pero vale más ser engañado que ser injusto.

No hace aun mucho tiempo que á las masas del pueblo inglés le estaban cerrados todos los lugares públicos. Los principales establecimientos estaban cerrados en los días de semana, excepto para aquellos que podían conseguir *permiso*, ó que estaban dispuestos á pagar una gratificación de entrada á los bedeles ó *cicerones* de las curiosidades. El Museo Británico estaba cerrado; la Galería Nacional estaba cerrada; la iglesia de San Pablo y la abadía de Westminster estaban cerradas; el castillo de Windsor, la Torre, las casas del Parlamento, y todos los demás edificios públicos, y las colecciones de curiosidades, y las obras de arte, estaban cerradas, excepto para los menos. Parece que se creía que si el común del pueblo fuera admitido en estos lugares, en el acto cortarían con navajas las maderas, harían pedazos las piedras, y destruirían por completo aquellos venerables edificios.

Según creemos, fué el difunto José Hume el primer hombre público que se consagró á cambiar este deplorable estado de cosas; y la primera de nuestras colecciones públicas que consiguió que se abriese para el público fué el Museo Británico. No sin gran oposición consiguió esa parte de su propósito. Se levantó la vieja gritería de que la colección sería irremediablemente estropeada, cortada en pedazos, echada á perder, y que quizá sería robada de algunos valiosos objetos. Además, ¡era una innovación *tall*! Á pesar de esto, y gracias á la tenaz insistencia del señor Hume, se ordenó que las puertas del Museo Británico fuesen abiertas para el público, y, como era natural, se predijo el *diluvio*. Anteriormente sólo eran admitidos grupos de cinco ó seis personas á la vez, y les era enseñado todo por un empleado — una especie de *policeman* en traje de particular — de quien se esperaba que estuviese en guardia

contra los iconoclastas, y pronto á caer sobre cualquier godo que, como cosa natural, esperaba una oportunidad para destruir los valiosos objetos colocados á su alcance.

¡Bien! el mandato del Parlamento ordenaba que el Museo Británico fuera abierto para los carniceros, los panaderos, los soldados rasos, costureras, modistas, y los más comunes de los sirvientes comunes. ¿Y qué dijo lord Stanley (el difunto conde de Derby) después que hubo tenido lugar la irrupción de los bárbaros godos? Se fué á la cámara de los Comunes de la que entonces era miembro, y asimismo comisionado del Museo Británico, en el mismo día de la irrupción. Se levantó de su asiento y con voz enfática exclamó: « Estaba alarmado y temeroso pero ahora puedo declarar que han visitado el Museo Británico ayer (día de mayo) 31,500 personas, ¡y que no ha habido daños ni por valor de medio chelín! » Así pues, no vino *el diluvio*, y se vió que el público en general podía ser admitido libremente á examinar su propia colección nacional de antigüedades y las otras de arte, sin producir el cataclismo general de la nación. Era fácil de dar con el secreto: se había tenido confianza en el pueblo, nada más.

El señor Hume perseveró en su buena obra. Continuamente les hacía oír á los hombres públicos, que debían confiar más en el pueblo, que debían abrirle las colecciones públicas en que hallaría diversión, cultura y educación; y á fuerza de argumentos y constante repetición de año en año, consiguió que se abriesen al público: la Torre, Hampden Court, la abadía de Westminster, y San Pablo. El movimiento se extendió gradualmente, y ahora se dejan los parques para goce y diversión del pueblo, no solamente en Londres, sino también en la mayor parte de los pueblos y ciudades manufactureras.

Hasta en la época de la gran Exposición de 1851 fué asunto de grave discusión en el Parlamento, sobre si debía ser rodeado Londres por tropas para conservar tranquilo al pueblo. El consejo fué desechado, y el Palacio de Cristal no fué rodeado por tropas. ¿Cuál fué el resultado? Quizá no fué robada cosa alguna ni por valor de un penique, ni un artículo fué

dañado voluntariamente. El coronel Rowan, uno de los jefes de la policía de la metrópoli, fué preguntado sobre el asunto ante una comisión de la cámara de los Comunes, y contestó que se debía atribuir á « la buena conducta del pueblo »; y agregó, que mucho del actual mejoramiento tenía su origen en la facilidad que en estos últimos años se había concedido admitiendo al pueblo en los sitios públicos, en una palabra, por confiar en él.

Éste es el verdadero modo de desviar *el diluvio*. Admitid libremente al pueblo para que contemple las obras de arte, que son excelentes enseñanzas para los dones hechos por Dios á los hombres. Que se le permita contemplar las formas de la belleza—lleno de gracia, de consagración y de virtud—conmemorativas de algún sentimiento verdadero, de algún pensamiento sublime, ó alguna acción noble en la historia, y el que observa se siente elevado, humanizado, perfeccionado y civilizado inconscientemente. De esa manera podrían ser nuestras galerías de pinturas instrumento para promover la educación nacional de mejor clase, elevando y purificando el gusto, instruyendo al mismo tiempo el espíritu. El mero hecho de confiar en el pueblo, dándole libre acceso á esos lugares, es una educación del carácter moral. Fiad en un hombre, mostrad que estáis pronto á depositar vuestra confianza en él como hombre, mostrad con vuestra conducta para con él, que creéis por decirlo así, en su honor, y habréis hecho mucho más por conquistaros el corazón de ese hombre, y para hacer aparecer los mejores sentimientos de su naturaleza, que con todas las exposiciones de la ley y de la autoridad. Desarmáis la mala índole de un hombre cuando probáis con vuestros hechos y conducta que tenéis confianza en su naturaleza mejor. Así es como el mal puede ser vencido por el bien.

En verdad, solamente necesitamos confiar más en los hombres, para hacer aparecer lo bueno que hay en ellos. Confiadles privilegios, y, por la práctica, aprenderán su verdadero uso. El único remedio para los males de una libertad recién adquirida, es la libertad misma. Acostumbrad al preso que acaba

de salir del calabozo, á que vea la luz, y bien pronto podrá soportar los más brillantes rayos del sol. Para humanizar á los hombres, es preciso familiarizarles con influencias que humanizan. Para hacer de los hombres buenos ciudadanos, debe serles permitido el ejercicio y las funciones de un ciudadano. Antes que un hombre pueda nadar, debe primero haber entrado en el agua; antes que un hombre pueda montar á caballo, debe primero haberse ejercitado, y antes que pueda ser un ciudadano inteligente, debe primero haber sido admitido á los deberes de la ciudadanía.

CAPÍTULO XII

El heroísmo en la misiones.

La paciencia es la práctica de los santos, la prueba de su fortaleza; hace de cada uno de ellos su propio salvador y el vencedor de todo lo que puedan producir la tiranía ó la fortuna. — MILTON 1.

Aun tenemos esperanza de que en un mundo de mayores amplitudes, será completado y no destruido, todo aquello que aquí haya sido principiado con firmeza. — A. H. CLOUGH 2.

Pero á través de toda la vida veo una aflicción donde los hijos de Dios entregan su último aliento; no hay ganancia más que con la pérdida, no hay vida sino con la muerte, no hay visión sino con la fe, ni gloria sino sufriendo la vergüenza, ni justicia sino con el vituperio; y que la Eterna pasión dijo: « Sed ajenos á la gloria, al derecho, y al nombre — OLRIG GRANGE 3.

Refiérese del duque de Wellington que cuando cierto capellán le preguntó si creía que valiera la pena de predicar el Evangelio á los indos, dijo el hombre de la disciplina: « ¿ Cuáles

1. Patience is the exercise
Of saints, the trial of their fortitude;
Making them each his own deliverer,
And victor over all
That tyranny or fortune can inflict. — MILTON.
2. For still we hope
That in a world of larger scope,
What here is faithfully begun
Will be completed, not undone. — A. H. CLOUGH.
3. But al through life I see a cross
Where sons of God yield up their breath:
There is no gain except by loss,
There is no life except by death,
There is no vision but by faith,
Nor glory but by bearing shame,
Nor justice but by taking blame;
And that Eternal Passion saith,
Be emptied of glory and right and name. — OLRIG GRANGE.